

¿quién es ella, quién es ella?  
Mañana, pese á mi estrella,  
Cantareis la palinodia.  
(*Entra en su habitacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.



## ACTO QUINTO.

*Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.*

### ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

*Quev.* Vuelvo á las damas su gloria  
y mis sátiras abjuro.  
El aya es una heroína;  
Isabel es un conjunto  
de gracias y de virtudes,  
y yo he sido necio, estúpido  
en admitir como aesiomas  
los dicharachos del vulgo.  
¿Puedo cantar mas de plano  
mi derrota y vuestro triunfo?  
*Rey.* ¡Mi triunfo!

*Quev.* Sí, y muy glorioso;  
que son placeres espúreos  
los que usurpa la violencia  
ó compra á fuerza de escudos  
la seduccion. A la fama  
dió, señor, mas noble asunto  
la castidad de Escipion

que todos sus lauros juntos.  
 Yo tambien, aunque murmure  
 mortificado mi orgullo,  
 á la virtud vencedora  
 prez y alabanza tributo;  
 que sano es mi corazon,  
 si tal vez con ceño adusto,  
 tal con festivo donaire  
 palo de ciego sacudo  
 escarneciendo ó llorando  
 las miserias de este mundo.  
 Vos me hablais de palinodia....  
 Cantémosla, pues, á duo,  
 señor. ¡Ah! Si como soy  
 el menor de vuestros súbditos,  
 fuese yo por un instante  
 el Rey Don Felipe, os juro....  
 ¡Qué harías?

Rey.  
 Quev.

Ser por completo  
 pio, magnánimo y justo.  
 Gonzalo....

Rey.

Ya le libré  
 de las garras del verdugo.  
 ¡Qué mas quereis?

Quev.

Que se estienda  
 vuestro generoso indulto....

Rey.

¡A qué?

Quev.

A darle libertad.  
 Preso otra vez en los muros  
 de vuestro real alcázar,  
 espera....

Rey.

¡Sabeis el punto  
 de su destierro? Vos mismo  
 lo designareis.

Quev.

¡Qué escucho!  
 ¡Yo mismo?... ¡Os burlais de mí  
 por ventura?

Rey.

No me burlo.

Quev.

Será, pues, el universo

mundo su cárcel y....

Rey.

Mucho

me pides.

Quev.

Sois Rey.

Rey.

Soy hombre.

Quev.

Pero de heróicos impulsos;  
 de alma grande que no goza  
 en el ageno infortunio;  
 antes....

Rey.

Austero Zenon  
 que ayer érais Epicuro,  
 ¡por qué no écsigís tambien  
 que humilde como un cartujo  
 ponga yo mismo mi dama  
 en brazos de vuestro alumno?

Quev.

¡Señor!...

Rey.

Arrancad primero  
 de mi pecho el dardo agudo  
 que le hiere.

Quev.

¡Qué! ¡aun amais  
 á Isabel?

Rey.

En vano lucho  
 con esta pasion tirana.

Quev.

No os han de faltar recursos  
 para triunfar de un capricho  
 fugaz: la caza, el estudio....  
 Amor vive en la esperanza,  
 y ya convertida en humo  
 la vuestra....

Rey.

Aun no la he perdido.

Quev.

¡En qué la fundais?

Rey.

La fundo....

No sé. En la misma vehemencia  
 del fuego en que me consumo.  
 Sin mengua de vuestra gloria  
 no espereis, señor....

Quev.

Soy viudo.

Rey.

¡Ah! ¡Cómo!... ¡Vos!...

Quev.

Si el encanto

de su rostro me sedujo,  
 su virtud mas que divina  
 (con la mano en el pecho)  
 lo graba aquí con profundos  
 rasgos que no borrará  
 la losa de mi sepulcro.  
 ¡Quién mas digna de mi mano  
 y de mi dosel augusto?  
 ¡Será posible, señor!...  
 Me asombro....

Quev.

Rey.

¡Por qué? Si al último  
 de mis vasallos le es lícito  
 unirse en pobre tugarío  
 al objeto de su amor,  
 ¡por qué el señor absoluto  
 de todos no lo será  
 para casarse á su gusto?

Quev.

Entre un monarca y sus pueblos  
 vos no lo ignorais, hay mútuos  
 deberes que sin peligro  
 no es dado....

Rey.

Quev.

¡Vanos escrúpulos!  
 Pierde su prestigio el trono  
 cuando impolítico nudo  
 alza desde humilde esfera  
 á una muger....

Rey.

Otro absurdo.  
 Trono es tambien la hermosura,  
 trono es la virtud, á cuyos  
 fulgores son del mio  
 agonizante crepúsculo.  
 Así, pues, cuando Himeneo  
 nos una en plácido yugo,  
 ella ilustrará mi trono  
 elevándome hasta el suyo.  
 (Ap. ¡Ay! está loco.) Señor,  
 ved que atropellais los usos,  
 las conveniencias sociales.  
 Si esa boda, que aun lo dudo,

Quev.

se realiza, ¡qué dirán  
 el Austria, la Francia, el mundo?  
 Temed no se alce la Europa  
 contra vos desde el Danubio  
 hasta el Támesis....

Rey.

Poder  
 sobra á este brazo robusto  
 para lidiar contra todos.  
 Mas con temerario insulto  
 nadie al leon castellano  
 osará....

Quev.

Triunfante el ruso  
 lo diga, y osado el belga,  
 y el catalan en tumulto.  
 Considerad....

Rey.

Quev.

Rey.

Quev.

Rey.

No os canséis.  
 Suspended....  
 Ni dos minutos.  
 Vos sereis mi embajador.  
 ¡Yo, señor!  
 Volad. Ninguno  
 mejor que vos. Será digna  
 de vuestro ingenio fecundo  
 la empresa. Aun puede vencer  
 desde su postrer redueto  
 vuestra opinion: aun pudiera,  
 si alcanzo el bien que procuro,  
 ser inconcusa verdad  
 aquel proverbio vetusto.  
 ¡Oh! Será mas que muger  
 quien resista á ese conjuro.  
 ¡Ahí es nada! ¡Una corona!...  
 Pero, por Dios trino y uno,  
 mirad....  
 (A la puerta del foro.)  
 ¡Señor!  
 ¡Isabel!  
 (Viéndola.)  
 ¡Ah! (Ap. ¡Pobre Gonzalo!...)

Rey. Ven.... (Ap. ¡Oh júbilo!)  
 Quev. (Ap. Entona á tu esperanza el oficio de difuntos....)

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. Isabel.

Isab. (Hincando la rodilla.)  
 Permittedme que me atreva....  
 Rey. (Ap. ¡Oh belleza sin segunda!)  
 Alza....  
 Isab. A daros una prueba de mi gratitud profunda.  
 Rey. ¡Tú!...  
 Isab. (Ap. ¡Tiemblo!)  
 A vuestra clemencia debo la vida de un hombre....  
 En vuestra augusta presencia no pronunciaré su nombre.  
 Rey. No á mi clemencia; al amor que me inspiras....  
 Isab. Creo en él: creed vos en el dolor que me ha causado.  
 Rey. ¡Isabel!  
 Isab. Creedlo: no es mas profunda que la mia vuestra pena. No es dicha la que se funda en la desventura agena. Tan tierna solicitud merece premio mayor; mas no hay poder ni virtud que den leyes al amor. Confesad, si sois sincero, que en damas de calidad dama es el amor primero y el segundo liviandad.

Mas no os darán, á Dios lo juro, señor, y al mundo, ni pena el primero á vos, ni verguenza á mí el segundo. Mi vida en expiacion ofrecí....

Rey. ¡Quién tan indigno será!...  
 Isab. ¡Rehusais mi don? Dios lo aceptará benigno.  
 Rey. ¡Así á mi amoroso afan correspondes? ¡Qué misterio....  
 Isab. Viva me sepultarán los muros de un monasterio.  
 Rey. ¡Qué dices! Tú....  
 Isab. No vacilo. Allí en retiro piadoso será una celda mi asilo y el Rey de reyes mi esposo. ¡Jamás!  
 Rey. (Ap. ¡Triste criatura!)  
 Quev. ¡Tú monja! ¡Oh! no desatines.  
 Rey. No se hizo tanta hermosura para tocas y maitines. Yo que en espléndido plastro verte victoreada anhelo, ¡podré consentir que un claustro sea noche de tu cielo? ¡Yo bajo alevé tijera veré caer tus cabellos? ¡Yo que la corona iberá quiero sublimar en ellos! ¡Sí, mi bien! He aquí mi mano. Doblen todos su rodilla como yo la doblo ufano (lo hace) á la reina de Castilla.  
 Isab. (Haciéndole levantar y hablando como inspirada.)  
 ¡Rebais, impío, al altar

su víctima expiatorial!  
 ¡En vano! A vuestro pesar,  
 yo salvaré vuestra gloria.  
 Si una corona á mi sien  
 desea vuestro delirio,  
 corona es, señor, tambien  
 la corona del martirio;  
 y aunque os parezca cruel,  
 llevarla animosa espero  
 con el auxilio de aquel  
 immaculado Cordero  
 que, siendo el Verbo divino,  
 proto-mártir sin segundo,  
 la ciñó de agudo espino  
 para redimir al mundo.  
 El me inspira. Mirad vos,  
 cuando él os habla en mi labio,  
 si osareis pedir á Dios  
 satisfaccion del agravio.  
 Entre el amor y el deber,  
 mirad, señor, si una hazaña  
 fácil para una muger,  
 no lo es para el Rey de España.  
 Mirad qué os está mejor;  
 si oír la voz que me llama  
 á defender mi pudor  
 y á rescatar vuestra fama,  
 ó que seamos los dos,  
 sucumbiendo en esta lid,  
 ludibrio de Europa vos,  
 yo escándalo de Madrid.

*Rey.* ¡Basta! ¡Tú has vencido, ingrata!  
 ¡Quieres la toca y el manto?  
 Bien está: tu Rey acata  
 ese propósito santo.

*Quev.* (Ap. ¡Pobre niña!)

*Rey.* A otro mancebo  
 pude disputar la mano;  
 pero con Dios no me atrevo

que soy yo muy buen cristiano.  
 Mas los deberes monjiles  
 son austeros....

*Isab.* Ya lo sé.  
*Rey.* Aun no cuentas veinte abriles.  
 ¿Tendrás firmeza en tu fé?

*Isab.* Lo espero.  
*Rey.* Tambien allí  
 tiente el enemigo malo.

¡Ay de tu fé y ay de tí  
 si te recuerda á Gonzalo!  
*Isab.* ¿Por qué le nombráis, señor?  
 Por siempre me alejo de él....  
 (Ap. ¡Ay cielos!...)

*Rey.* De tu valor  
 quiero otra prueba, Isabel.  
*Quev.* ¡Monja! (Ap. Es cargo de conciencia.)  
*Rey.* ¿Tendrás corazon bastante  
 para arrostrar la presencia  
 del que ayer era tu amante?

Tambien yo te amaba tierno.  
 ¿Qué mucho si á mí le igualo?  
 ¿Me has dado un adios eterno!...  
 Oigalo tambien Gonzalo.  
*Isab.* ¡Ah, señor!...

*Rey.* Que me avergüence  
 no es razon ese mozuelo.  
 Sepa que no es él quien vence,  
 sino el Rey de tierra y cielo.  
 Sepa, para ahogar la llama  
 que nos quemó de consuno,  
 que no cedo yo mi dama  
 de Dios abajo á ninguno.  
 ¿Dudas? Mi demanda es justa.

No, señor. (Ap. Triste de mí!)  
*Isab.* (Ap. ¡Necia vanidad augusta!)  
*Quev.* ¡Hola!  
*Rey.* ¡Hola!

(Al Ugier que se presenta en la puerta del foro.)

- El preso venga aquí.  
*Quev.* (Ap. ¡Dios le tenga de su mano!)  
 (Al Rey aparte.)  
 ¡A qué esa prueba cruel  
 si....  
*Rey.* ¡Callad!  
*Quev.* (Ap. ¡Dios soberano!...  
 Ya vuelvo á temblar por él.)  
*Rey.* Aun nos falta otro testigo  
 para accion tan noble y santa.  
 ¡Ugier!  
*Quev.* (Ap. ¡Desdichado amigo!)  
*Rey.* (A otro Ugier que llega...)  
 Venga el aya de la infanta.  
*Quev.* ¡Y qué os proponeis, señor,  
 con semejante careo?  
*Rey.* Otra víctima de amor  
 (mirando á Isabel)  
 dé mas pompa á su trofeo.

ESCENA III.

*El Rey. Isabel. Quevedo. La Condesa.*

- Cond.* ¡Me llamis!  
*Rey.* Venid, Condesa,  
 Dios oyó vuestra plegaria.  
 Pesarosa, arrepentida  
 de vuestra inicua venganza,  
 crueles remordimientos  
 os compugian el alma.  
 Alentad. Libre es Gonzalo.  
 Vuestra bondad soberana....  
*Cond.* Libre es tambien Isabel;  
*Rey.* y esenta de toda mancha  
 ella, que pudo aspirar  
 al tálamo de un monarca,  
 modelo de alta virtud  
 á matronas castellanas,

- para mas digno consorte  
 su cándida mano guarda.  
*Cond.* ¡Qué decís!... ¡Gonzalo!... ¡Oh Dios!...  
*Rey.* (A Gonzalo, que aparece por el foro, entre  
 alabarderos.)  
 Entrad.—Despeje la guardia.

ESCENA IV.

*El Rey. Isabel. La Condesa. Gonzalo. Quevedo.*

- Gonz.* (Ap. ¡Aquí Isabel! ¡Oh portento!)  
*Quev.* (Ap. Nos cayó á cuestras la casa.)  
*Gonz.* (En ademán de arrodillarse.)  
 ¡Señor!...  
*Rey.* Alza, ya eres libre.  
*Gonz.* Permitid que á vuestras plantas...  
*Rey.* No es á mí, sino á Isabel,  
 á quien debes dar las gracias.  
*Gonz.* ¡A Isabel? ¡Cómo!... ¡Es posible!...  
 (Ap. ¡La Condesa! Horrible trama  
 tal vez....)  
*Rey.* Póstrate á sus piés.  
*Gonz.* (Receloso.) ¡Señor!  
*Quev.* (En voz baja rápidamente.)  
 Hazlo, es una santa.  
*Gonz.* (A los piés de Isabel, y aparte con ella.)  
 ¡Es cierto? ¡Libre.... por tí!  
*Isab.* Sí.  
*Gonz.* ¡A qué precio? ¡Al de mi infamia  
 y al de la tuya quizá?  
*Isab.* ¡Vivo.... y lo preguntas!  
*Rey.* ¡Basta!  
 (Se levanta Gonzalo.)  
*Gonz.* (Ap. ¡Ah bien mio!—Pero.... el Rey....)  
*Rey.* Sí; esa niña es quien te salva.  
 Bendice al cielo, que de ella  
 hizo el ángel de tu guarda.  
 (A la Condesa.)

Y vos, señora, tambien  
benedicid arrodillada  
la Divina Providencia:  
quisísteis en hora infausta  
perder á esa criatura,  
¡y Dios para sí la gana!  
¡Qué oigo!

Quev.  
Cond.  
Rey.

¡Ah, señor!...

A los tres

ella el camino nos traza  
del deber. Ella, inocente,  
las culpas de todos paga;  
y pues yo soy el primero  
que su pía ofrenda acata,  
¡quién podrá ser tan osado  
que la arranque de las aras?  
¡Ella!... ¡Oh desesperacion!  
(En voz baja á Gonzalo.)  
¡Imprudente!...

Gonz.  
Quev.

(A Isabel.) ¡Es verdad? Habla.

Gonz.  
Isab.

(Con forzada serenidad.)  
Sí; con ánimo resuelto  
sigo.... (Ap. El aliento me falta.)  
la divina inspiracion  
que á austero claustro me llama.

Gonz.

(Con sumo dolor.)  
¡Ah!... (Ap. Me costará la vida.)

Rey.

La oiste. No hay esperanza  
á tu amor; mas si endulzar  
deseas la copa amarga  
de un desengaño cruel,  
ejemplo te dé su casta,  
su ejemplar abnegacion.  
Madre cariñosa y blanda,  
en su gremio te reciba  
la Iglesia.

Quev.  
Rey.

(Ap. ¡Esto nos faltaba!)  
Y en premio de los servicios  
de tu padre, que Dios haya,

te nombraré, si te ordenas,  
canónigo de Granada.

Gonz.

(Sin poder dominarse.)  
Señor, si llamado he sido  
para servir de botarga  
á vuestra corte, volvedme  
á la torre del alcázar,  
ó dad mi cuello al verdugo  
que me esperaba en la plaza.

Rey.

¡Qué dice ese temerario?  
¡Presumes que hablo de chanza?  
¡O es poco una canongía?... (A Quevedo.)  
¡Digo! ¡y metropolitana!  
¡Señor!

Quev.  
Gonz.

Sincero mi labio  
ni disimula, ni engaña,  
ni miente, ¡y menos al Rey,  
y menos á Dios! Que flaca  
de condicion y de espíritu  
una muger desdichada,  
rinda en el primer embate  
el muro de su constancia,  
no es mucho: ni que tal vez  
labre su propia desgracia  
dejando jurar al labio  
lo que dentro niega el alma.  
Mas yo que de hombre me precio,  
y hombre á quien nada acobarda,  
ni sé disfrazar mi rostro,  
ni sé estudiar mis palabras,  
ni ahogar en mi corazon  
las pasiones que le halagan.  
Mi amor es puro, ¡y quereis  
que de él me acuse á las plantas  
de un confesor? No he cursado  
teología en las áulas,  
¡y pronunciaré sacrilego  
votos que Dios no me manda  
consagrarle?... ¡Oh! <sup>si</sup> es forzoso

que yo renuncie á mis gratas  
 ilusiones: si por siempre  
 mi desventura me arranca  
 del amante corazon  
 donde ayer feliz reinaba,  
 hartos son los enemigos  
 de mi Rey y de mi patria.  
 Mandadme á lidiar con ellos:  
 dadme, señor, una espada,  
 y me sentará mejor  
 que el manteo y la sotana.  
 Así tambien, sin escarnio  
 de la religion sagrada,  
 lejos de vos viviré  
 y de esa muger ingrata;  
 y si aun esto no es bastante  
 para aplacar vuestra saña,  
 pronto alcanzaré el honor  
 de morir por vuestra causa;  
 que quien la vida aborrece  
 sabrá en sangrienta batalla  
 dar á las balas el rostro  
 mejor que al riesgo la espalda.  
*Isab.* (Ap. ¡Dios mio, dadme valor!)  
*Cond.* (Ap. ¡Y no le he de amar!)  
*Quev.* (Ap. ¡Oh hidalga

fortaleza!)  
*Rey.* Si prefieres  
 A una prebenda una bala,  
 aunque no te alabo el gusto  
 yo te concedo la gracia.  
 Hoy partirás para Flandes.  
*Cond.* ¡Piedad!  
*Rey.* ¡Cómo es eso? ¡Lágrimas  
 en vuestros ojos?  
*Cond.* (En voz baja.) Señor,  
 no lloro sola.  
*Isab.* (Mostrando á Isabel.) Miradla,  
 (Ap. ¡Favor, cielos!)

*Rey.* (A Quevedo.) ¡Vos tambien?  
*Quev.* Y lloraria una estatua  
 al ver....  
*Rey.* ¡Silencio! Gonzalo,  
 despídete de tu amada:  
 yo lo permito.  
*Gonz.* Escusad....  
*Rey.* Yo lo mando.  
*Isab.* ¡Ay!... (Cae sin sentido.)  
*Cond.* (Acudiendo á sostenerla.) ¡Se desmaya!  
*Rey.* (Ap. No puedo mas.) ¡Isabel!  
 (Todos se acercan á Isabel.)  
 ¡Respira, Isabel!... Abraza  
 (mostrando á Gonzalo)  
 á tu marido.  
*Isab.* (Recibiendo en sus brazos á Gonzalo.)  
 ¡Oh gran Dios!  
*Gonz.* ¡Oh ventura!  
*Quev.* ¡Oh noble hazaña!  
 (Todos se arrodillan ante el Rey.)  
*Gonz.* ¡Señor!  
*Quev.* ¡El cielo os bendiga!  
*Cond.* Agradecida....  
*Isab.* Postrada....  
*Rey.* ¡Alzad!  
 (Todos se levantan, menos la Condesa, que  
 alza los ojos como en actitud de orar.)  
 Probar he querido  
 el temple de vuestras almas.  
 Perdonadme el breve alarde  
 de una aparente venganza,  
 siquiera porque á mi voz  
 trocáis vuestra pena amarga  
 en dicha, tanto mas grande  
 cuanto menos esperada.  
 Bendiga Dios vuestro lazo:  
 yo con mercedes sin tasa  
 os probaré mi amistad  
 pura, desinteresada....



(Ap. ¡Valor, Felipe!... eres Rey.)  
Sonada será en España  
vuestra boda. En mi capilla  
os desposareis mañana.  
Os hará el epitalamio  
Quevedo....

Quev. Con vida y alma.  
Rey. Y será vuestro padrino  
Don Felipe cuarto de Austria.  
Isab. (Queriendo arrodillarse, y tambien Gon-  
zalo.)  
¡Tanta bondad!

Rey. Deteneos.  
Quev. (Aparte con el Rey.) ¡Sois un héroe!  
Rey. (Con cómico despecho.) ¡Soy un mandria!  
(Reparando en la Condesa.)  
¡Qué haceis, Condesa?

Cond. Pedir  
á Dios su divina gracia. (Se levanta.)  
Y no en vano. El sacro velo  
á que otra se resignaba,  
y con contento de todos  
convierte en nupciales galas,  
ceñir anhelo á mi frente,  
que surca el dolor y mancha  
la verguenza. Si una víctima  
el ara de Dios reclama,  
yo debo serlo, ¡yo sola!

Rey. Mirad....  
Cond. No me tengais lástima,  
señor. Solo allí habrá paz  
para esta alma atribulada;  
solo allí sanar podria  
de mi corazon la llaga.  
¡No mas! ¡Adios! Sed felices.  
(Ap. ¡Ay!...) ¡Adios!

ESCENA V Y ULTIMA.

Isabel. El Rey. Quevedo. Gonzalo.

Isab. ¡Desventurada!  
Quev. Mejor suerte merecia. (Aparte con el Rey.)  
Rey. Si es vocacion voluntaria  
la suya, del mal el menos.  
Mas ¡qué ha de hacer la cuitada  
si á mí no me falta mucho  
para encerrarme en la Trapa? (En alta voz.)  
Ahora bien, poeta cáustico,  
¡volvereis á escribir sátiras  
Contra las mugeres?

Quev. No.  
Váyase muy noramala  
con su injusta muletilla  
el corregidor de marras.  
A la evidencia me rindo  
y en la justicia me fundo,  
la muger, lo juro al Pindo,  
es el animal mas lindo  
que Dios crió en este mundo.  
—Ni solo estriba su palma  
en este precioso don;  
que con muy rara escepcion  
hermosas son en el alma  
como en el cuerpo lo son.

—Cuando sus flaquezas sacas  
á relucir, y sus macas,  
considera, hombre demente,  
que persigues igualmente  
á las gordas y á las flacas.

Si las culpas tú te implicas,  
porque, tirano sañudo,  
tú haces la ley, tú la aplicas,  
y para ellas ¡pobres chicas!  
siempre es la ley del embudo.

Cifra el hombre su esplendor

en el amor de la gloria;  
mas con instinto mejor  
la muger brilla en la historia  
por la gloria del amor.

Ah! si por seguir tus huellas  
se vicia tan noble instinto,  
no culpes, hombre, á las bellas,  
sino á tí, con tercio y quinto  
mas débil que todas ellas.

Siervas en todo lugar,  
porque lo has dispuesto así,  
¿no ves, hombre baladí,  
que ellas no pueden pecar  
sino contigo y por tí?

Sé indulgente, pues ya ves  
que la equidad lo reclama,  
y lo pide tu interés:  
¿Por qué les quitas la fama....  
si te arrastras á sus piés?

¿Por qué tu desprecio llora  
la que con paciencia santa  
cuando niño te amamanta,  
y cuando jóven te adora,  
y cuando viejo te aguanta?

Sin la muger no hay placer.  
¿Es fiel? bendice tu estrella.  
¿Es maula? ¿Cómo ha de ser!  
ó capitula con ella....  
ó suprime la muger.

Mas primero que hagas tal  
consentirás que te emplumen,  
y que te calcen tus bragas,  
porque en sus ojos te embriagas  
de amor, de gozo.... En resúmen

Desde la planta al cabello,  
la muger, insisto en ello,  
y lo pruebo y te confundo,  
es el animal mas bello  
que Dios crió en este mundo.

FIN DE LA COMEDIA.

BORRASGAS

## DEL CORAZON.

DRAMA TRAGICO

EN CUATRO ACTOS,

DE D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.



MEXICO

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,  
Calle de Chiquis número 4.

1859.